



**Session Internationale de Formation
Turin/Oropa, 20-23 juillet 2024**



CARISMA Y SERVICIO, LA RESPONSABILIDAD EN PAREJA

Buenas tardes a todos, somos Alberto Pérez y Mercedes Gómez-Ferrer, españoles, durante los últimos cuatro años, hemos sido el matrimonio responsable de la comunicación del Equipo Responsable Internacional y coordinadores de Hispanomérica Norte y Colombia. Y como todos sabéis desde hace tan solo unas horas, nuevo matrimonio responsable internacional de los Equipos de Nuestra Señora. El próximo sábado cumpliremos 33 años casados, los mismos que en los Equipos. Nuestro equipo es el Valencia 101, formado por 5 matrimonios y un sacerdote, pero hemos conocido los Equipos, antes incluso de casarnos, porque los padres de Mercedes han pertenecido a los Equipos desde hace casi 60 años, y también fueron miembros del ERI y sus responsables internacionales, tenemos tres hijos, dos ya casados y el pequeño que vive en casa. Tuvimos nuestro primer nieto en septiembre pasado así que somos recientes abuelos. Somos los dos profesores en la ciudad de Valencia donde vivimos. Alberto en un instituto de enseñanza secundaria, donde enseña música y Mercedes en la Universidad donde es profesora de Historia del Arte.

Esta sencilla presentación que estamos acostumbrados a hacer en los Equipos de Nuestra Señora en la que los matrimonios nos situamos ante los demás para dar nuestro testimonio no es algo tan habitual en otros ambientes ya sea en la iglesia o en cualquier otro lugar, asociaciones, organizaciones no gubernamentales, voluntariados, trabajos etc. Las más de las veces, los servicios se asumen a título individual, por muy diversas circunstancias: por intereses personales, por las cualidades y capacidades de cada uno, por la organización y distribución de los tiempos... hay un sinfín de condicionantes. Nosotros tenemos la enorme fortuna de asumir el servicio de responsabilidad en pareja, por lo que podemos estar muy agradecidos, teniendo en cuenta que a la vez supone un gran desafío para el que nos debemos preparar.

Tomad un pequeño momento para recordar cómo fue vuestra llamada y la diferente percepción que uno y otro tuvisteis... Uno pudo pensar que quizá no era el mejor momento

por trabajo, o no lo era por el cuidado de la familia, hijos, padres, nietos... o por cuestiones de salud, o por respeto o miedo ante lo que se le pedía. A otro le podía parecer que sí que podían aceptar, porque realmente no había nada objetivo que les llevara a decir que no, pero podían igualmente tener dudas, sobre si eran las personas adecuadas, o sobre las consecuencias que ese sí podría tener: conflictos, discusiones.... No es nada extraño que uno y otro, marido y mujer, nos situemos de forma muy distinta ante esta llamada a la responsabilidad, y lo sigamos haciendo en el propio desempeño de la misma. Y sin embargo, aquí estamos, hemos dicho que sí y en todo este tiempo tenemos ante nosotros el reto de acompañarnos el uno al otro, de vivir juntos este servicio. Lo que os proponemos es una reflexión que haga más consciente este camino, que nos ayude a reconocer algunos obstáculos, que nos haga ser más agradecidos y que nos aliente y ofrezca esperanza en la misión que tenemos como matrimonios de estas Sesiones Internacionales.

Hoy vamos a compartir una pequeña parte de esta experiencia como matrimonio que asume una responsabilidad en el servicio a los Equipos desde nuestra realidad cotidiana, con sus luces y sombras, alegrías y dificultades.

1) El servicio no lo buscamos nosotros

Una de las primeras reflexiones que nos hacemos es que el servicio no lo elegimos nosotros, no lo buscamos nosotros. No lo merecemos por nuestras cualidades o preparación, no es una recompensa o un honor. Tampoco es una carga que nos cae arbitrariamente porque no hay nadie que quiera llevarla. Es Cristo quien llama y lo hace por razones que uno no comprende ni conoce. Son sus planes que no son los nuestros. Y así, un poco a la aventura, medio confiadamente, medio temerosamente, medio agradecidamente, empieza este camino del servicio que nos puede llevar a tener la experiencia más importante de nuestra vida.

2) El servicio es una llamada a dejarse mirar con amor por Cristo

En algún momento percibiremos que ese servicio es la posibilidad de un encuentro. Como en el evangelio en tantos encuentros del Señor con diferentes personas, Él nos mira a los ojos y pronuncia nuestro nombre, el de los dos, el que tiene pensado para nosotros desde

toda la eternidad y entonces, finalmente, todo cambia y ya no hay duda sino certeza y lo que efectivamente es también esfuerzo y trabajo queda suavizado por la gracia.

La pareja que acepta una responsabilidad se siente inmensamente conmovida por haber recibido esa mirada que finalmente le descubre que no hay que tener miedo porque Dios no nos exige nada o bien nos exige algo que nunca habiéramos pensado y es que nos dejemos querer. No nos llama por nuestras cualidades de liderazgo, ni por nuestra formación intelectual, ni por nuestras virtudes, ni por nuestra capacidad de trabajo. Nos llama por nuestro corazón que ha quedado tocado por Él.

A veces nos confundimos y creemos que todo consiste en hacer muchas cosas. Pero muchas veces el amor se expresa de una manera pasiva y no activa. Si pensamos en el amor a nuestros hijos, a nuestro marido y mujer no siempre estamos “haciendo” algo por ellos. A veces estamos simplemente esperándoles, mirándoles, escuchándoles, sonriéndoles, acompañándoles en silencio, y también aceptando ser queridos por ellos, dejando que su amor nos llegue y nos envuelva, aceptando que somos dignos de ser queridos.

Nos sorprendemos que nuestra pareja, yo y tú, nosotros, Alberto y Mercedes hemos sido amados por Cristo que nos pide a través de los Equipos que ofrezcamos a los demás ese mayor amor al que nos llama. ¿hemos experimentado esa mirada de amor sobre nosotros que nos ayuda en este servicio?

3) Reconocer la debilidad

Ese dejarse mirar con amor por Cristo no se consigue a fuerza de méritos o de esfuerzos. Curiosamente eso ocurre muchas veces en la pobreza, en el fracaso, cuando de verdad te sientes impotente y por ello te vuelves hacia Dios, le pides su Espíritu y como un niño, te dejas querer.

El servicio, en muchísimas ocasiones, nos da la oportunidad de reconocernos pecadores, de vernos desde la verdad, con fallos y errores que, en ocasiones, son los otros los que nos los descubren porque nosotros mismos creíamos no tenerlos. El servicio nos sitúa con más tiempo para hacernos conscientes de nuestras debilidades y con más posibilidades de acceder a la misericordia de Dios.

Es una llamada a acompañar, a despertar y tomar conciencia. A caer en la cuenta, sacar a la luz... aprender a mirar de verdad y ver lo que hay detrás de cada situación. A sostener y apoyar las situaciones difíciles... No somos meros transmisores de noticias, no somos meros peticionarios de cosas... En cualquier servicio o misión, al mismo tiempo que gracia y sanación, encontraremos también dolor y frustración; lo que llamamos morir un poco por los demás.

Primero, porque es inevitable que las parejas responsables de equipo o de sector o de región o de superregión se acerquen a nosotros, que hemos aceptado una responsabilidad mayor que la que ellos tienen, para descansar y buscar aliento, contándonos lo malo, lo que no funciona bien; sus miedos, críticas, incomprensiones, cansancios, errores ¿A quién se los podrían contar si no? Amar es llevar un poco las cargas de los demás. Hay que escuchar completamente atentos pero sin angustiarse, sin generalizar, sin perder de vista el conjunto.

Segundo, porque sin querer a veces nos harán daño o haremos daño. Todos llevamos en nosotros “la herida del amor”. Hemos sido llamados por Dios a un amor tan grande que por un motivo o por otro, a lo largo de la vida quedamos “heridos de amor” y para esconder esas heridas desarrollamos actitudes desproporcionadas de crítica, prejuicio, desconfianza, timidez, agresividad, omisión.... que provocan desconcierto y dolor en los que están cerca de nosotros. Por eso muchas de las incomprensiones o críticas no hay que tomarlas como algo personal. Hay que buscar lo que está detrás de la primera apariencia, acogiendo sin miedo a la persona que se dice y no dando tanta importancia a lo que dice y respondiendo no a la defensiva sino desde la verdad y sobre todo desde el cariño.

4) La responsabilidad en colegialidad

Y estas dos actitudes que mencionamos para los demás, el que se nos cuente a veces lo más duro o lo negativo, que seamos conscientes de lo que no hemos hecho, lo que creemos haber hecho mal, a donde no hemos llegado... y el que reaccionemos con actitudes desproporcionadas, nos sucede en nuestra propia pareja. No es que pase solo en nuestra relación con las otras parejas con las que tenemos contacto a causa de nuestro servicio; es parte de nuestra vida cotidiana como pareja responsable.

Y es que uno de los primeros elementos que debemos destacar es que, como en todo servicio de los equipos, lo hacemos en colegialidad. Podríamos pensar que la colegialidad existe porque estamos en un equipo de servicio, nos rodeamos de otras parejas y un consiliario que nos ayudan. Y eso es cierto. Pero la primera colegialidad no es esa. La primera colegialidad es la de nuestra propia pareja, lo femenino y lo masculino juntos, con las diferencias que eso entraña. No sólo las de nuestra propia personalidad que, en muchas ocasiones nos hacen afrontar los problemas, encarar las situaciones, ponerse manos a la obra de manera diferente. Es difícil también porque las sensibilidades del hombre y de la mujer son muy diferentes. Pero cuando lo logramos por el bien de los demás, la fecundidad que se deriva es mucho mayor. Porque nuestro amor, según la Palabra de Dios, es un signo más claro del amor de Cristo por la Iglesia, por la humanidad. Lo masculino y lo femenino, que se dan juntos, engendran mucha más vida que si se dieran por separado.

Por tanto esa colegialidad es más que un método de trabajo, es la convicción de que es Dios el que construye la obra y que se vale de nosotros que colaboramos según los talentos recibidos que ponemos en común. En este caso, como pareja, supone que seamos sensibles a los carismas de nuestro cónyuge y al nuestro propio. Y aquí, entendemos la palabra carisma como un don que multiplica las cualidades humanas que uno tiene. Si tenemos una gracia particular es porque la hemos recibido y la hemos de dar por el bien de todos. Dios nos necesita para hacer ese bien, lo que supone una exigencia y un compromiso. Lo importante es que cada uno de nosotros descubramos esos dones que tenemos de forma más particular. No podemos pedir al otro nuestro mismo don, nuestro mismo talento, no podemos pretender que sea como yo. La riqueza de esta colegialidad de trabajar juntos en pareja es hacer de nuestra diferencia un don, de nuestra distinta forma de ver las cosas, una suma o incluso una multiplicación. Alberto y yo no podemos ser más diferentes, los que nos conocen y han trabajado con nosotros, en el equipo de servicio de la SR España y ahora en el ERI lo saben bien, y tenemos siempre por delante un arduo trabajo para sacar lo mejor de cada uno, para que nuestros carismas tan distintos puedan armonizarse.

Además, este servicio que afrontamos juntos, los dos, por los demás, es una oportunidad de oro de mantenernos unidos, de completarnos, de valorarnos más, de conocernos mejor. Descubrimos parcelas, cualidades, recursos del otro que no conocíamos. Nos preocupamos de lo mismo los dos juntos. Rezamos por lo mismo los dos juntos. Es una experiencia de gratuidad que tenemos los dos juntos. Recibimos los dos juntos testimonios inolvidables

de parejas, de familias, nos sentimos acogidos y reflejados en los demás por nuestra singularidad de pareja. Vemos en acción la fecundidad espiritual de nuestro amor.

Pero tantas veces hemos experimentado dificultades... En nuestra comunicación para afrontar el servicio nos tenemos que perdonar una y mil veces, por nuestros modos no siempre adecuados de decir las cosas, por nuestras intransigencias, por esperar del otro cosas que no puede ofrecer, por crear expectativas ilusorias del éxito de nuestras iniciativas, por querer medir las dedicaciones con exactitud y comparar las aportaciones de uno y otro, por no saber acompasar nuestros tiempos...

Y es quizá en el servicio sobre todo a este nivel, en el que ya hemos pasado por responsabilidades anteriores y en el que nos conocemos tanto, donde tenemos que ir con más cuidado, porque es difícil esconder las heridas. Aunque queramos ocultarlas, a la larga el otro las detecta y cuando quiere hacernos daño pone el dedo en la llaga, casi inconscientemente. Utilizamos ese conocimiento de la herida del otro como poder sobre él. Casi es inevitable herir y ser herido. Es la contradicción de nuestra condición de pecadores, hacemos el mal que no queremos y no hacemos el bien que queremos. Entonces, hay que compensar. Decir lo bueno, y cuando es posible, hacer lo bueno. No nos hundamos en la miseria. Eso nos paraliza, nos quita alegría y eso es también orgullo. Seamos capaces de renovarnos cada vez y de volver a empezar. Os proponemos que en vuestro ejercicio de responsabilidad, bendigáis, en el sentido etimológico de la palabra, que digáis el bien, en verdad, de lo que habéis trabajado, de lo que el otro ha hecho, ha propuesto, ha rezado.

También nos puede ayudar no solo el hecho de bendecir, sino cambiar nuestra forma de mirar y percibir al otro. En este camino a pesar de nuestras dificultades nos ha ayudado siempre un texto del Padre Caffarel que nos insta a mirar con buenos ojos, a todos los que nos rodean y en este caso particular a la persona con la que convivo y con la que estoy compartiendo la responsabilidad:

“Mirar con buenos ojos. Es una capacidad para ver el bien, todo el bien de los seres que nos rodean (...). En primer lugar hay que convencerse de que no conocemos de verdad a la persona que tenemos delante. Luego debemos hacer un acto de fe en sus riquezas profundas, riquezas de inteligencia, de corazón, en aquello que es todavía más valioso: la imagen de Dios en él, sin duda más o menos borrosa y cuyo descubrimiento será

maravilloso. Este descubrimiento del mundo interior de las personas exige una labor paciente, un interés apasionado y respetuoso, una atención vehemente e incansable a sus gustos, sus aptitudes, a sus aspiraciones, decepciones y entusiasmos, a las mil señales que dejan percibir una vida que desconocemos. Pero no olvidéis lo que dijo el zorro al Principito: “Solo se ve bien con el corazón. Lo esencial es invisible para los ojos”. P. Caffarel, Carta mensual, diciembre de 1950

Por eso es también un servicio que nos obliga al amor, la fe y a la esperanza

Sin el amor que nos tenemos, que todo lo aguanta, todo lo perdona y no lleva cuentas, posiblemente nuestros desencuentros habrían sido mucho más numerosos. Si no fuera por la fe que tenemos, variable en el tiempo y más débil de lo que deseáramos, seguramente habríamos rezado menos al Espíritu Santo y, sin duda, habríamos sido menos bendecidos y menos inspirados para superar distintos problemas. Y si no fuera por la esperanza en que en algún momento de nuestra vida cambiaríamos a mejor, seguramente habríamos sucumbido a cualquier momento de crisis y mal entendimiento. Por ello damos gracias al Señor, que no nos abandona... ni si quiera cuando pensamos que nuestra comunicación está rota.

Creatividad, animación, salir de nuestras rutinas, de lo que se espera y siempre ha sido así

La responsabilidad no es una llamada que nos convierta en personas superiores a las demás. Lo único que nos distingue de los demás es que de nosotros va a depender la animación. En eso sí tenemos una labor específica. Los responsables reciben unas gracias concretas para el desarrollo de su responsabilidad, cada pareja las suyas, y es impresionante ver cómo esos dones se van afirmando conforme avanza y se asimila la responsabilidad.

“La animación de los responsables debe de venir de su interior, si viene de su posición en el servicio será artificial y al acabar el servicio habrá algunos que incluso dejen el Movimiento. Es la calidad del amor la que debe estimular vuestra responsabilidad” (P. Caffarel, Conferencia del 25 Marzo 1973)

Conclusión

Acabamos acogiendo lo que nos dijo el Padre Caffarel cuando se dirigió en 1957 a los responsables de equipo, haciendo nuestras sus palabras:

«Tenéis a vuestro cargo a los miembros de vuestro equipo. Os sentís, y queréis ser responsables de su desarrollo humano y cristiano, sólo os queda trabajar. Darles. Daros.

Aunque fueráis los menos capacitados, tenéis infinitas cosas que ofrecer, porque lo que necesitan en primer lugar, no es vuestros bienes, sino a vosotros mismos. Y esto es lo más difícil de hacer. Darse, estar siempre disponible para los demás es difícil y es cansado. Disponibles, sin duda, para prestar un servicio material pero, sobre todo, un servicio muy superior, que consiste en ofrecer un corazón atento, comprensivo, motivador, que transmita confianza, que sepa decir la verdad, que se atreva a exigir. » Carta mensual abril-mayo 1957, P. Caffarel

Si estamos atentos a los adjetivos, traslademos estas actitudes a nuestro trabajo como pareja responsable y acabemos pidiendo al Señor en oración que nos ayude a tener el uno con el otro, un **corazón atento**, que sabe anticiparse a lo que ocurre, que se pone en marcha con diligencia; **comprensivo**, con los fallos y errores, con las vacilaciones y las dificultades; **motivador**, que anima al otro a ponerse en marcha, a sacar lo mejor de sí mismo, **que trasmite confianza**, y le da seguridad, de que lo que ha propuesto está bien, que no critica todo constantemente, que valora, que **sepa decir la verdad**, cuando hay algo que debe corregirse, cuando hay que ir al fondo de las cosas y discernir, **que se atreva a exigir**, con respeto, pero sin conformarse con lo fácil.

Concluimos convencidos de que entregarse a los demás hace muchas veces olvidar pequeños problemas que podrían convertirse en grandes dramas. Darnos a los demás relativiza las cosas y es fuente de renovación. Lo que la Iglesia y el mundo necesita de nosotros, parejas cristianas, es que vivamos este compromiso como un matrimonio que disfruta de la plenitud de su sacramento. Y nosotros damos gracias a los Equipos de Nuestra Señora por darnos la oportunidad de ponernos en servicio por los demás, que es ponernos en servicio por el Reino.

Mercedes Gómez-Ferrer y Alberto Pérez

Responsables Internacionales ENS